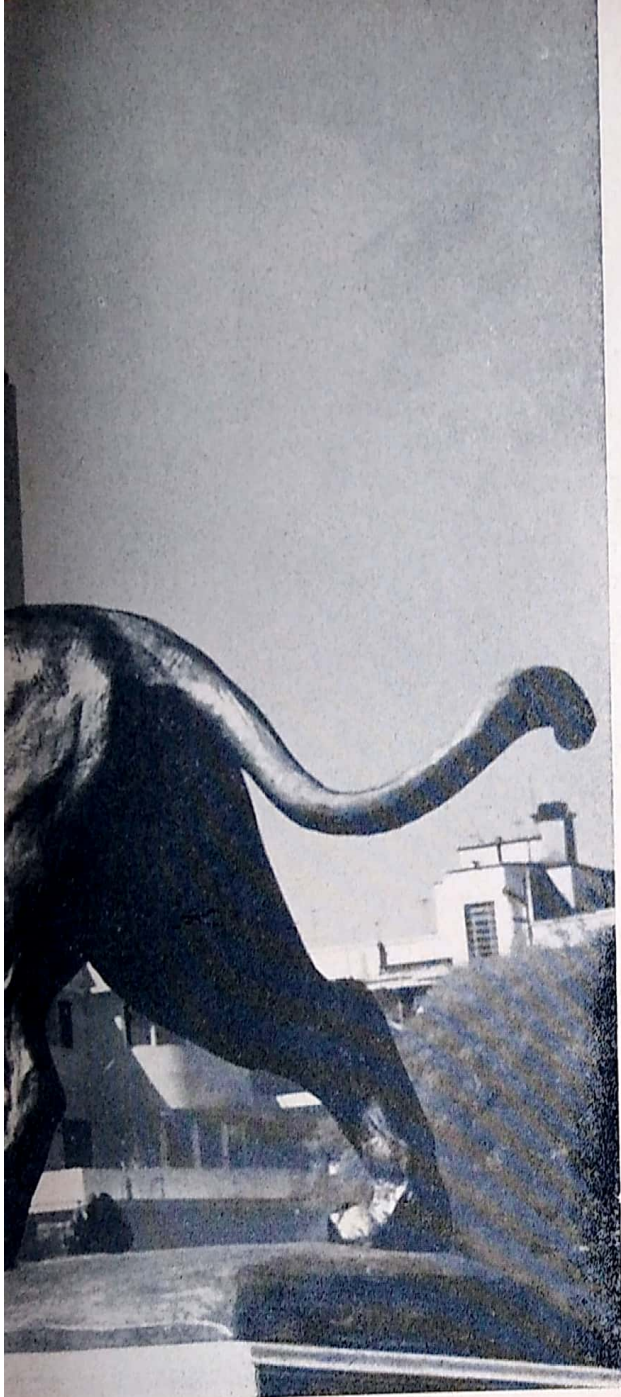




El león con su caza: Augusto N. Caín. Parque 3 de Febrero

ERNESTO B. RODRIGUEZ

Para una misteriosa Buenos Aires



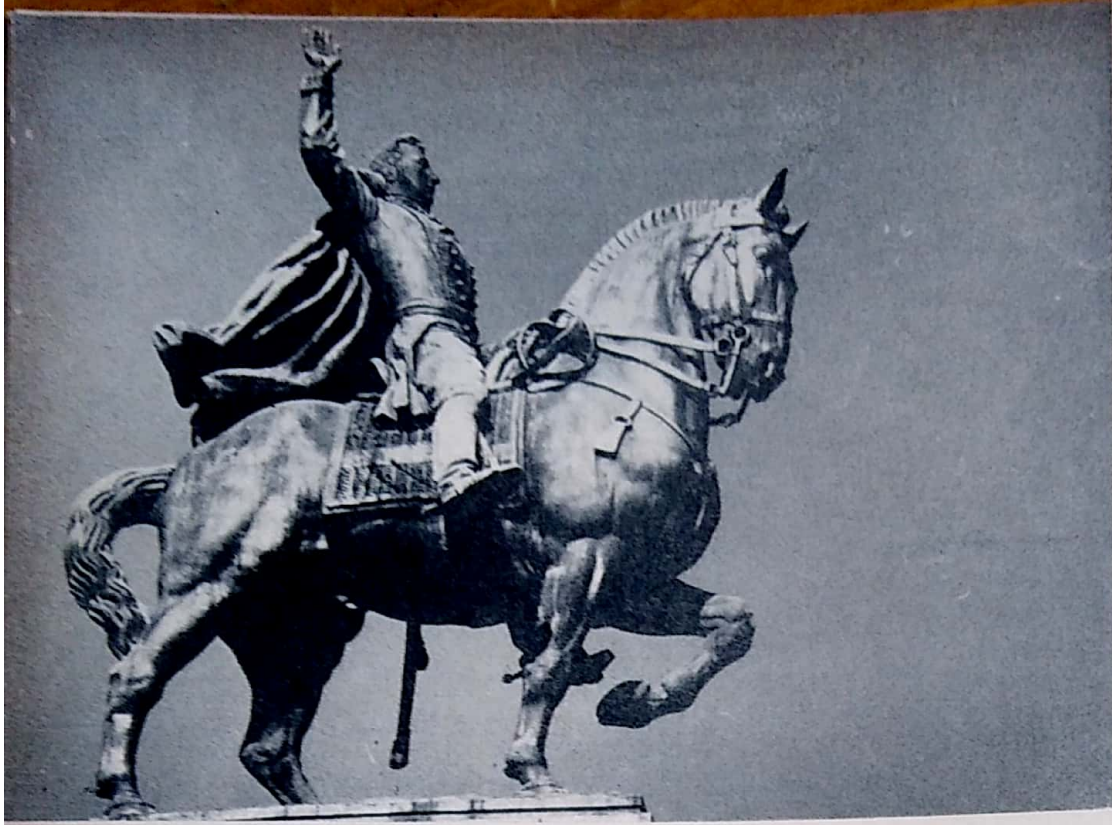
En una ocasión fui a ver los monumentos del escultor José Fioravanti, pero con la buena guía que era el propio escultor que me acompañaba. Y ese paseo artístico tenía su razón de ser porque yo estaba escribiendo en esos días una monografía sobre el artista. Mientras iba recorriendo uno a uno los monumentos descubría de pronto, aquí y allá, especiales detalles que el mero mirar, la mirada superficial, jamás ve. Fue entonces que pensé qué interesante sería —para corregir esa falla en la visión— realizar, periódicamente, visitas guiadas a las esculturas que pueblan nuestra ciudad. Porque hay un pueblo de esculturas en aparente silencio. Población inmóvil, sugestiva, incitante a veces, con figuras típicas, simbólicas, históricas o puramente poéticas, y de las cuales la gente transeúnte sabe muy poco y menos por supuesto **ve**. Como es obvio, esas visitas guiadas por quienes aman de veras a este arte —el único que da testimonio de antiquísimas culturas— serían reveladoras e iluminarían algo los ojos apresurados o aburridos de tanta gente, por ejemplo, de esa gente que anda por el parque 3 de Febrero sin ver el Sarmiento de Rodín, sin apreciar el gesto intencionado en la materia crispada; sin ver que en el basamento, detrás de la figura, resplandece en mármol un escudo argentino de admirable plasticidad; y es interesante destacar aquí que ese escudo no ha sido realizado por Rodín sino por su entonces discípulo Bourdelle; de esa gente, insisto, que no es capaz de

Sarmiento, de Rodín. Parque 3 de Febrero



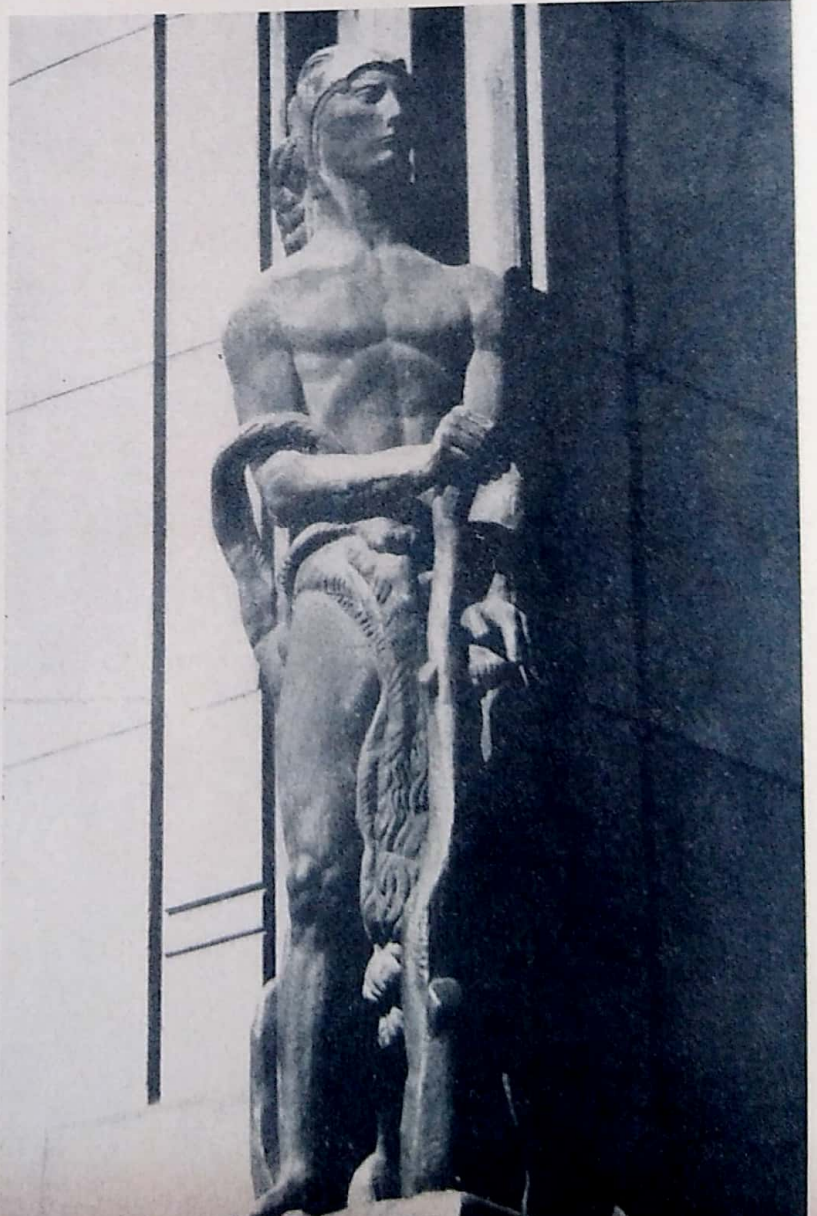
en piedra,
mármol
y bronce

Para



Fuerza y sobriedad del monumento Alvear: Bourdelle

El Poder: detalle del monumento Alvear



una misteriosa Buenos Aires



El segador, de Constantín Meunier



Heracles, arquero: Bourdelle

seguir las peripecias de ciertas estatuas "viajeras", como, por ejemplo, el **Heracles** de Bourdelle, ese elástico arquero en tensión, a punto de disparar su flecha de bronce hacia las estrellas, el cual también sabe desplazarse —por extraños designios municipales— desde la plaza Lavalle hasta la plaza Justo José de Urquiza. Quizás misteriosamente la fabulosa caza celeste que otea lo haga cambiar de posición...

Esta gran ciudad, nuestra Buenos Aires querida, ofrece a sus millones de habitantes y al turista curioso una permanente exposición de monumentos, grupos escultóricos, estatuas y bustos, a los que muy pocas personas se acercan con ese ánimo desinteresado que pide el arte para aprender a verlo, salvo, como es natural, en el día obligado del homenaje al prócer o al hecho histórico, con la palma de flores y el discurso

correspondiente. ¿Y después? Después, en general, el monumento o la estatua tienen la glacial indiferencia o la mirada distraída como habituales acompañantes. Esta gran exposición de escultura en la ciudad consta de 68 monumentos, 22 grupos escultóricos, 53 estatuas y 19 bustos —según la prolija nómina presentada en un interesante manual técnico debido al escultor Pablo Tosto—. Esta importante cantidad de obras en piedra, mármol y bronce, en trance de aumento, indican la importancia **escultórica** de Buenos Aires, y también señalan la necesidad de agregar a esas simpáticas asociaciones denominadas "Amigos de...", esta: "Amigos de la escultura ciudadana". Sí, amigos de esas esculturas que no sólo adornan la ciudad sino que, en ciertos casos, le dan un perfil creador. Que la escultura es inspiradora, aún la más humilde, lo prueba

PARA UNA MISTERIOSA BUENOS AIRES

este soneto dedicado —hace 17 años— a una cabeza en mármol de Virgilio, escondida en el encantador parque de la Agronomía:

En un rincón entre árboles guardada
una cabeza en mármol resplandece,
vaga sonrisa muestra y aparece
perdida en el paisaje su mirada.

Viéndola así, de bucles coronada
el viajero que pasa se estremece.
Un ángel —piensa— y el ángel ya le ofrece
su nombre dulce en la inscripción velada.

“Virgilio” —dice— y la tierra escucha,
el cielo se abre y la cadencia viene,
porque la ciencia del poeta es mucha.

Y al punto es musical toda memoria
—bucólica corona la contiene—
y empieza Eneas a contar su historia.

Ahora bien, LYRA presenta en estas páginas una serie de fotografías que valen como un testimonio de lo dicho. Un espíritu sensible, atento a los reclamos de la escultura **ciudadana**, ha buscado por ese medio dejar algunos documentos de una Buenos Aires en mármol y bronce. Pero también ha querido, irónica o poéticamente, poner la nota humana, popular, al lado de la obra; de manera que estas fotografías están compuestas con obras del arte y de la vida. Yo he visto así “asaltada” por muchachos la romántica fuente en níveo mármol de Lola Mora —heroica pionera de las mujeres escultoras entre nosotros—; la romántica fuente con sus grandes conchas marinas y sus sensuales desnudos de mujeres jugando alegremente al lado del río de aguas turbias, ocres, que, sin embargo, orifica el sol y platina la luna... Ahora estamos en la plaza del Congreso contemplando al famoso **Pensador** de Rodín, el cual aparece —quizás como advertencia o maliciosa intención— de espaldas al imponente edificio del Congreso Nacional. En contraste con el atlético pensador, en meditabunda pose, vemos en el Museo Nacional de Arte Decorativo el poético mármol de Rodín denominado **La eterna primavera**. Encantadora obra que enlaza en el mármol a dos adolescentes en su primer beso de amor.



Virgilio

Para una



Aguador: Vicente Gemito

La duda: Cordier



misteriosa Buenos Aires

Nos encontramos ahora en la plaza San Martín; allí descubrimos dos broncees que rezuman infantil gracia; en ambos el personaje es un niño desnudo; uno va a buscar agua a la fuente, el otro aparece azorado frente a una gallina amenazante. Son visiones del campo lejano en la ciudad y por eso remansos cordiales para el caminante cansado. En la misma plaza hay un grupo de mármol que siempre me atrajo por la honda intención que expresa. La obra muestra a un viejo filósofo con aire patético y a su lado un joven ansioso que le escucha vaya a saber por qué. El mármol silencioso acaso transmita las preguntas y respuestas de los protagonistas a quien sepa verlo de corazón. Por eso es una obra casi exclusiva para los solitarios filósofos de las plazas y sus vagabundos soñadores. Sin embargo, aquí en la fotografía la vemos acompañada irónicamente por una pareja de enamorados que sólo saben mirarse uno a otro, y escuchar solamente preguntas y respuestas reiterativas, monótonas, que les dicta su pasión. ¿Qué tienen que ver con el viejo filósofo y su joven discípulo?



El pensador: Rodin

Para una mis



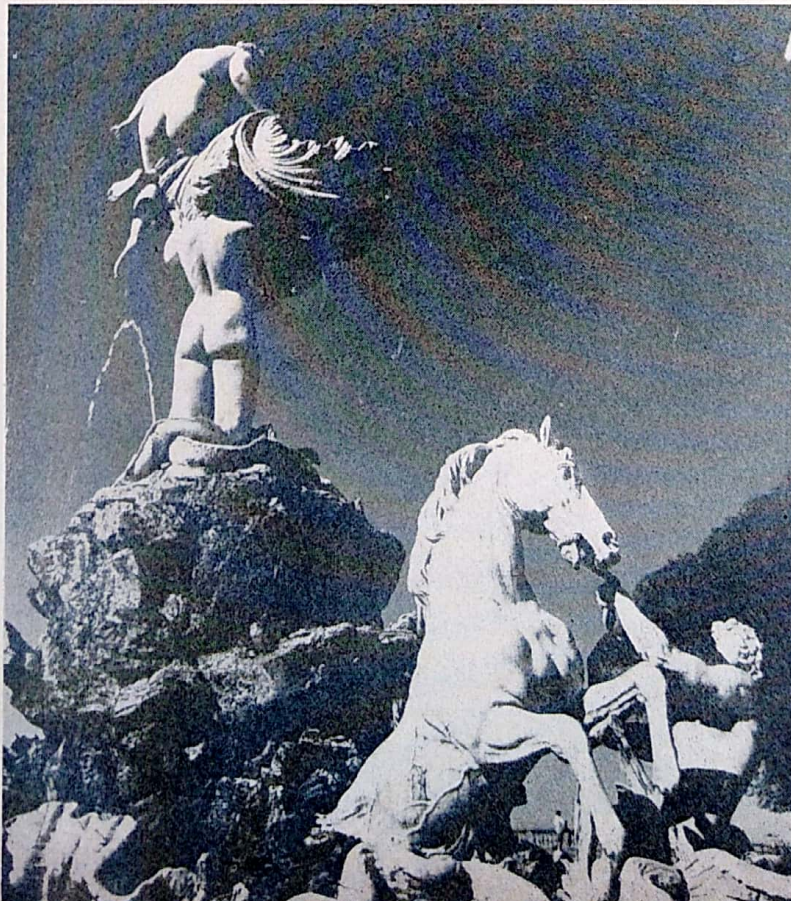
El chico y la gallina: Nicolás Gulli

Monumento de Zonza Briano a Leandro N. Alem



eriosa Buenos Aires

Estamos ante la significativa figura de **Florencio Sánchez**. El bronce de Agustín Riganelli transmite una humanidad dolorida y una alta poesía a la par. El cuerpo del gran escritor —dramaturgo genial— vencido por la enfermedad y al mismo tiempo expresando a un espíritu superior, apenas se levanta sobre un peldaño de la calle. Ausente toda solemnidad, parece un transeunte entrañable con el cual pudiéramos naturalmente dialogar. Riganelli simbolizó en esa noble figura el auténtico amor a los humildes que sintió el autor de tantas obras memorables. Recordemos: Florencio Sánchez con una palabra dictada por la ternura —**canillita**— bautizó para siempre al dinámico, pintoresco y sufrido vendedor de diarios de su tiempo.



La fuente de Lola Mora

Para una misteriosa



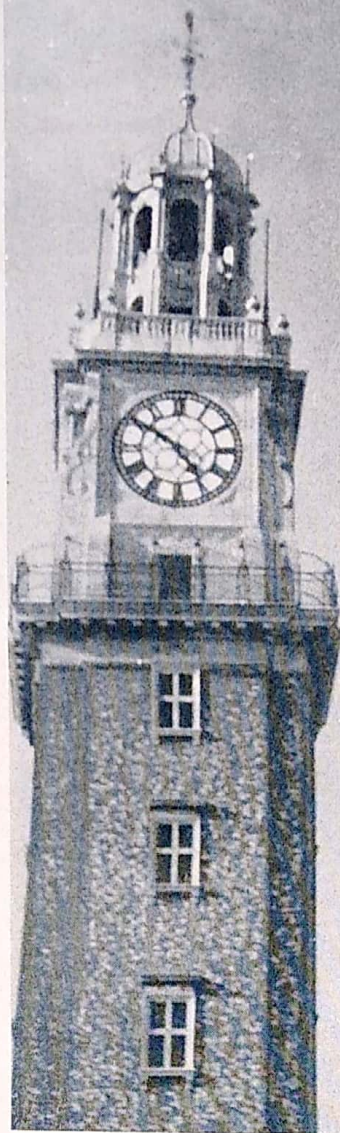
La gloria: detalle del monumento Alvear

Otro retrato, grandemente expresivo, es el de **Florencio Parravicini**, realizado por José Fioravanti, está en el parque 3 de Febrero, cerca de un pequeño lago. Fioravanti modeló esta imagen de Florencio Parravicini en el año 1955. En ella la presencia humana hecha símbolo surge de una materia signada por una doble visión: constructiva y expresionista. El gran actor está sentado, pero no en reposo de estatua; tiene, por el contrario, una actitud tensa, de contenido dinamismo, como si estuviera a la espera de un misterioso llamado. Su rostro es severo y su mirada ausente; tiene el rostro verdadero del hombre que fue; cubre su figura en parte, una amplia capa que desborda en pliegues tumultuosos hasta los pies, concebida con algo de aquella materia espiritualizada que anima el **Balzac** de Rodín; un pañuelo volador rodea su cuello con campesina sencillez; la mano izquierda se aferra a un libro; la derecha cuelga a su costado sosteniendo la máscara del actor, la máscara radiante de la escena, la máscara multicolor de la risa, ahora vencida, al parecer, para siempre.



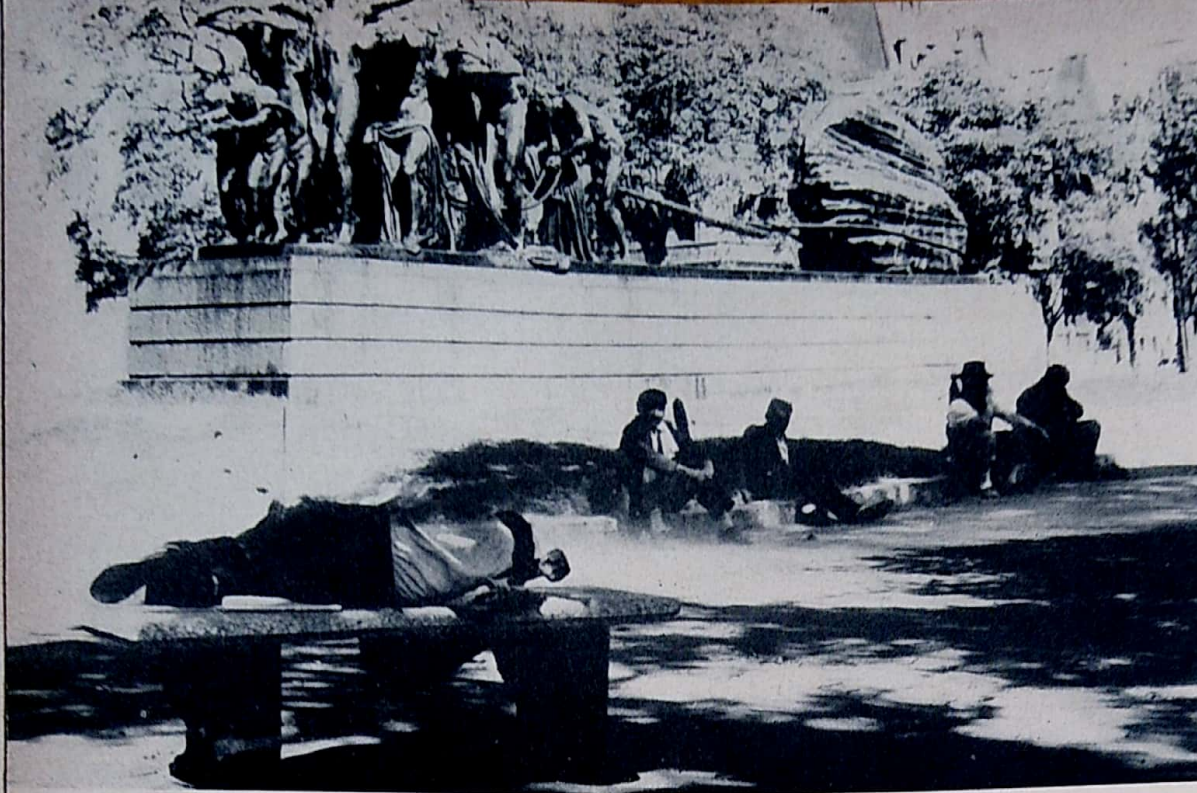
Buenos Aires

Jorge Canning, de Alberto Lagos



Otro enfoque de La fuente, de Lola Mora





Canto al trabajo: Yrurtia

Para una misteriosa Buenos Aires



El sembrador: Meunier

El **Canto al trabajo**, de Yrurtia, es una épica incitación al trabajo, por eso, en los primeros planos de la obra, los jóvenes trabajadores están jubilosamente desnudos; no llevan ningún sello de opresión o explotación. Es el símbolo del trabajo ideal, de aquel tan raro que se puede hacer cantando. El hombre canta cuando hace el trabajo que ama, y enmudece y se amarga con ese que le imponen sin destino... Porque son felices con su trabajo estos hombres que modela Yrurtia arrastran con entusiasmo la inerte, enorme piedra, y cantan junto a la mujer adorada y a sus niños que extienden simbólicamente sus manos a un futuro de alegría. Pero, contrastando a esa marcha triunfal del trabajo vemos en la fotografía a un hombre dormido sobre un frío, tumbal banco de piedra. Acaso ese es el hombre irremediablemente apesadumbrado que no cree en el canto al trabajo porque él sabe que el trabajo surge después del perdido Eden: "Ganarás tu pan con el sudor de tu frente"; o es, acaso, el hombre que cae rendido de admiración por el sentido trascendente de la obra del escultor y quiere entonces alcanzar en un dulce sueño lo que ella promete: paz, alegría, libertad... En fin, valgan estas pocas páginas como una sencilla incitación a recorrer con espíritu alerta, aventurero, las variadas obras en mármol y bronce de una misteriosa Buenos Aires que siempre nos espera.



CIAE aporta al desarrollo energético del país
250.000 kW al poner en servicio el turbogruppo 6
-el de mayor potencia en la América Latina-
con el que duplica la capacidad de generación
de su central "Nuevo Puerto".

1911 - COMPAÑIA ITALO-ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S.A. - 1969